

AGENCIA FIGUERAS

...tramitará su pasaporte
con la máxima rapidez.

MONTURIOL, 6-1.º
TELÉFONO 360
FIGUERAS

AGUSTÍN PLANA



Taller reparación de coches
y toda clase de motores

Coche de alquiler - Servicio Remolque

c/. Olot, 19 - San Esteban, 7 - Tel. 34

(cruce carretera Barcelona)

FIGUERAS

VIAJES Costa Brava

AGENCIA DE VIAJES
TÍTULO N.º 24 ORDEN DEL GRUPO B.
Como intermediaria entre Viajes Fram Ltda. y público

Lasauca, 3 - Teléf. 446
FIGUERAS

Próximas salidas a PERPIGNAN

Un día:

2, 5, 9, 12, 16, 19, 20, 23, 26

Tres días: 20, 21, 22

Inscripciones hasta 48 h. antes de cada salida

CINE

HOLLYWOOD
TIENE
DOS CARAS

INDUDABLEMENTE no es por casualidad si, de vez en cuando, el cine americano — que es como decir norteamericano — salta del plano puramente comercial y, sin perderlo del todo, muestra una maestría que nos deja convencidos. Hollywood, además de la potencia material tan reconocida por ella misma, ha poseído siempre los cerebros necesarios para, en un momento dado, demostrar la individualidad que forzosamente lleva en sí la creación. Poniendo a un lado el «western» y lo policiaco, sello especialísimo de su producción, pasando por la revista musical — escape a chorro de sus posibilidades — se llega a la época. Y, en cualquiera de ellas, tanto si es de amnesia, bélica, religiosa, idealista o profundamente dura, Hollywood se ha sacado de la manga el artista, lo ha hecho grande y todo el mundo anota su nombre en lo que podríamos llamar Escalafón de los Auténticos. Por la otra cara, Hollywood permite que unos hombres construyan sin corazón, friamente, comprobando que los cines se llenan lo mismo. Ante esa otra cara (muy conocida siempre por todos) no es necesario, desde luego, descubrirse. Pero una cosa es cierta: películas americanas de gran clase han sido, al mismo tiempo, éxitos taquilleros. Creemos hay que tener muy en cuenta este fenómeno puesto que se acerca mucho al buen fin del cine, al camino del unido sentir humano.

Pusimos en alguna ocasión de relieve la importancia de las costumbres y del mismo espíritu, tan distintos a los nuestros, y que ello nos ha impedido a veces saborear películas posiblemente valiosas. Pero nótese que, cuando los norteamericanos se lo proponen, consiguen también, por su sinceridad humana, emociones de una universalidad total. Dos películas de las que merecen

comentario encajan perfectamente en esta apreciación: «Cautivos del mal» y «El manantial».

La primera (con ese desacertado título que se han permitido los señores encargados de las traducciones) cuenta una interesante historia del cine por dentro. No creemos con el propósito de sorprendernos, puesto que, quien más quien menos, se lo debe imaginar así, sino detallando con sumo cuidado los hombres y mujeres que le dan vida, que dentro de su misma ficción tensan su misma realidad. Nadie más a propósito que Kirk Douglas para interpretar el complejo pero interesantísimo personaje de director. La fibra dramática de este actor, que en pocos años se ha colocado por méritos bien palpables en la cima auténtica, es de un carácter definitivo. Podemos llamarle ya especialista en ese tipo vibrátil, medio duro y medio tierno, pincelado de orgullo, pero a cuyo alrededor las figuras tienen que estar irremediablemente pendientes de él. En este caso, la «estrella», Lana Turner (ejemplo de que entre belleza y saber de actriz puede haber empate), el guionista, Dick Powell (al que quizás no le haga falta la pipa para distinguir el diseño) y el productor, Walter Pidgeon, ante cuyo solo nombre siempre hay que decir que sí.

Con este conjunto de comediantes, acompañados como siempre por otros muy estimables — clave de muchas películas norteamericanas para evitar se vayan del todo a pique — y con un tema tan fuertemente unido al séptimo arte, imaginamos agradable la labor de Vincente Minnelli en la dirección real del film. Las escenas finales, de una seducción perfecta, culminan una obra que, con toda probabilidad, fué pensada en homenaje al invisible hombre que ocupa la silla esa con respaldo — inscripción: «director».

Nos gustaría leer «El manantial», de Ayn Rand. La novela siempre suele ser mejor que el film. Sobre todo la novela densa, apretada, en la que pasan muchas cosas, a veces demastadas. Ante todo, lo que necesita el cine son escritores propios, que al crear sepan que aquéllo será una película. El diálogo — tantas veces demostrado — no importa gran cosa. Esto lo aprendieron bien las buenas firmas mejicanas, francesas, italianas y hasta japonesas (¿Recuerdan «Rashomon»?) Y cuando el autor — o autora, en el caso concreto de «El manantial» — es quien confecciona también el guión, entonces la película es más para oír que para ver. Muy bueno, es cierto, el diálogo, pero el léxico propio de este arte se resiente considerablemente. De vez en cuando asoma, por suerte, como en las escenas del encuentro de ambos personajes, la batalla de miradas con un fondo de perforadora — macho y hembra biselados — en donde la calidad interpretativa y ambiental nos recuerda lo cinematográficamente puro.

Como construcción — lógicamente al tratarse de un arquitecto — el protagonista está muy cuidado, tipo al que Gary Cooper revive — por lo visto tiene un mucho de biografía — con esa seguridad tan peculiar en él que nos ha hecho admirarle un buen número de años. En cambio la protagonista, a nuestro entender, va perdiendo la personalidad extraordinaria que adquirió al principio de la cinta, como si la autora no se hubiese preocupado más de ella. Patricia Neal, actriz que encaja a la perfección las mujeres de campeonato creadas por Peter Cheyney, acusa la flojedad a que finalmente se ve sometida. Como era natural a King Vidor se le nota mejor brillantez cuando puede desenvolverse dentro de los naturales cánones del cine.

Nos hubiera gustado hablar de la «Alicia» de Walt Disney, pero preferimos hacerlo con más espacio para estudiar su evolución en conjunto. Diremos, eso sí, que la última película en 3-D que hemos visto ha ganado en relieve pero ha perdido todo lo demás. Es para recomendar a los enemigos. Menos mal que no tenemos ninguno; caímos por nosotros mismos...

V. B.



Una escena de «Cautivos del mal»